

Cuarto Domingo después de la Pascua

Segundo sermón.

Santiago 1:16-21

“Amados hermanos míos, no erréis. Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación. Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas. Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse, porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios. Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.”

1. Esta Epístola se escribió para todos los cristianos, particularmente en el tiempo en que tenían que sufrir muchas grandes persecuciones del mundo incrédulo, como Santiago lo indica al comienzo cuando dice (versículos 2-4): “Hermanos míos, gozaos profundamente cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Pero tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna”. Otra vez (versículo 12): “Bienaventurado el hombre que soporta la tentación”.

POR QUÉ LOS HOMBRES RECHAZAN EL EVANGELIO

2. Hay dos cosas que apartan a los hombres del evangelio: una es la ira y la impaciencia, y la otra los malos deseos. De estos habla Santiago en este capítulo. La ira viene, dice, cuando son perseguidos, cuando por amor de Cristo el Señor deben abandonar los bienes y el honor, el cuerpo y la vida y ser necios, el estrado y el desprecio del mundo. Es doloroso y desagradable cuando los sacan a ustedes de quicio y los fastidian porque sienten y ven que quienes los persiguen tienen días buenos y tienen una posición de honor, poder y riquezas, mientras ustedes siempre tienen que sufrir. Por eso, San Pedro (1 Pedro 3:10) los amonesta en base del Salmo 34:12-14: “El que quiera ser cristiano debe estar preparado para evitar el mal y hacer bien, buscar la paz. Puede silenciar su lengua y cerrar la boca de modo que no maldiga ni se impacienta, sino dejar el asunto a Dios”

Esto asusta bastante a mucha gente y los aparta, personas que de otro modo están satisfechos con el evangelio, pero no pueden tolerar ni soportar el daño y la vergüenza que tienen que sufrir por causa de él. De otro modo, el mundo desde hace tiempo estaría lleno, repleto de cristianos, si la preciosa santa cruz no fuera puesta sobre ellos o si pudieran vencer la ira y la impaciencia. Pero debido a ello se retiran y dicen: “Antes de sufrir eso, me quedaré con la multitud; lo que a otros les pase me pasará a mí”, etc.

3. La segunda cosa es “la corrupción que hay en el mundo” y (como Santiago la llama) “inmundicia”, que también es una aflicción común, especialmente de la multitud. Así es como sucede: Cuando oyen el evangelio, inmediatamente piensan que lo entienden, y luego ya no piensan de él. Luego salen y se ahogan en los deseos, la arrogancia y la

avaricia del mundo, pensando únicamente en cómo pueden hacerse ricos y gozar días de felicidad.

4. Ahora vemos esto suficientemente ante nuestros ojos y estamos preocupados porque nuestra vida no será mejor que la de los apóstoles y los profetas; y así se quedará entre la gente. Sin embargo, debemos animarnos y animar a otros a guardarse con diligencia contra ambos vicios, específicamente que no debemos enojarnos ni murmurar contra Dios con impaciencia; y luego también que seamos amables con la gente, De este modo la ira se dejará de lado en todas partes y será suprimida, y solo la paciencia y gentileza reinarán entre nosotros los cristianos.

5. Todo este capítulo, como dije, pone énfasis y da la razón por la cual debemos ser pacientes y no debemos enojarnos contra los que nos hacen daño, y especialmente contra los que desprecian la palabra de Dios y son desagradecidos o hasta la persiguen. Esa debe ser la razón (dice) por la cual deben tener presentes qué clase de beneficios tienen de Dios arriba en el cielo, a saber, “toda clase de dones buenos y perfectos”, etc.

NUESTRAS BENDICIONES PESAN MÁS QUE NUESTROS MALES

6. Si ponen las dos cosas en la pesa y comparan una con otra, hallarán que ustedes están mucho más abrumados con los dones buenos de lo que estarían agobiados con la vergüenza y el daño. Si ahora la ingratitud, el desprecio y la persecución del mundo los ataca y los provoca para que se impacienten, entonces si ustedes se vuelven al beneficio y consuelo que tienen en Cristo y el evangelio, pronto se darán cuenta de que tienen mucha más razón de sentir lástima por los que quieren hacerles daño en vez de murmurar y enojarse con ellos.

7. Asimismo, no considerarán a todos los que viven en los deseos mundanos y (como él lo llama) la “inmundicia” como dignos de influir en ustedes para que se aparten del evangelio como ellos, porque ellos no tienen nada más que migajas miserables en comparación con los bienes y las riquezas divinas gloriosas de ustedes. Piensen, entonces, sobre esto, y no se dejen engañar ni por la maldad ni la malicia del mundo, que les causa daño y heridas, ni por el éxito ni la prosperidad de los que tienen dinero y bienes en el mundo y viven en la depravación y las lascivias. Más bien fijen sus ojos en los beneficios divinos y los dones perfectos que tienen del Padre, etc.

8. Para establecer una distinción, designaremos con “buena dádiva” las bendiciones que gozamos aquí en esta vida; y con “don perfecto” las que esperamos en la vida venidera. Él mismo señala esto cuando dice: “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas”. En los términos “buenas dádivas” y “dones perfectos”, incluye todos los beneficios que ya hemos recibido de Dios en esta vida presente y los que todavía recibiremos, tanto aquí como allá.

9. Si nosotros los cristianos pudiéramos calcular y pesar los tesoros y beneficios sobreabundantes que tenemos en comparación con otros —no hablaré ahora de cosas terrenales, transitorias y perecederas, tales como los bienes temporales, el honor, un

cuerpo saludable, etc., sino de los beneficios eternos, espirituales, que tenemos en Cristo— entonces pronto concluiríamos que sobrepasan más de cien mil veces todo lo que tiene el mundo y de lo cual puede jactarse. Hay muchos que darían muchas monedas de oro para poder ver. Ponen tanto valor en esto que gustosamente sufrirían alguna enfermedad por un año o sufrirían alguna otra herida, puesto que consideran que una herida es mecho menos en comparación con el beneficio que gustosamente quisieran tener.

Pero, como dijimos, no hablaremos ahora de esto, aunque el daño a las bendiciones físicas nunca es tan grande como los beneficios que tenemos en comparación con ellas. ¿Quién puede comprar o merecer incluso uno de los más pequeños de todos los dones de Dios (tales como ver la luz o el preciado sol por un día), aunque sufriera diez veces más por él? En la medida que tengas esta vida corporal, todavía tienes el mayor tesoro, que pesa más que todo el oro y la plata y cualquier desgracia que pudieras sufrir.

NUESTRAS BENDICIONES EN LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Sin embargo, ahora estamos hablando con propiedad de los beneficios que tenemos por la resurrección de Cristo, puesto que es adecuado hablar de ellos en esta estación de la Pascua. Dice: “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende del Padre de las luces”. Dios ha comenzado a formarnos y edificarnos y quiere hacernos sus propios hijos y herederos. Esto ha sucedido, dice, por medio del evangelio, al que llama “la palabra de verdad”.

10. Pero ¿qué tenemos de esto ahora? Ya nos ha traído este beneficio: nuestros corazones se han iluminado y están alegres y hemos salido de todo pecado, error, miedo y temor a la brillantez de la verdad; de modo que el cristiano puede juzgar todas las sectas, todas las doctrinas de demonios que puedan surgir en la tierra. ¿No es un tesoro excelente y un don precioso, que estemos tan iluminados y que Dios nos haya enseñado que podemos llegar al juicio correcto sobre cualquier doctrina y forma de vida en la tierra y decir e instruir a todos cómo deben vivir, qué deben hacer, y qué deben evitar? Por tanto, ciertamente podemos jactarnos de que aquí en la tierra tenemos a un Padre que se llama “el Padre de las luces” y hemos recibido beneficios de él por los cuales cualquiera gustosamente entregaría su cuerpo y su vida.

¿Qué no hubiera dado yo en la oscuridad en que estaba si alguien hubiera podido librarme de repetir angustiosamente las misas y otras abominaciones, asimismo, la tortura y angustia de mi conciencia, por la cual no podía encontrar ningún descanso, o que hubiera podido instruirme para que entendiera un salmo correctamente, ¡Con gusto me hubiera arrastrado en la tierra hasta los confines del mundo! Gracias a Dios, ahora tenemos este gran tesoro en abundancia, a decir, esta bendita luz, la palabra tan querida y fiel. ¿Qué tanto es el sufrimiento e infortunio en comparación con esta luz?

11. Segundo, también tenemos una buena conciencia alegre, que puede resistir cualquier susto, pecado y tentación y mantiene una esperanza segura de la vida eterna. Los grandes dones maravillosos y las bendiciones son el evangelio, el amado bautismo, el

poder del Espíritu Santo, y el consuelo en toda clase de oposición. En comparación con estos, ¿qué importa ahora si alguien te hace un pequeño daño y te quita algún bien terrenal? ¿Por qué murmurarías y te enojarías cuando tienes tales bendiciones divinas que nadie te puede quitar ni disminuir, ni siquiera aquí en esta vida?

Si pierdes dinero, bienes, honor y favor, piensa: “Tengo un tesoro que me es mucho mejor que todo el honor y los bienes del mundo”. Asimismo, si ves a otras personas viviendo con gran pompa, placer y presunción según su capricho, ¿qué tienen realmente? Migajas, y pan de limosnero. En contraste, yo poseo la gracia divina de reconocer su voluntad y obra y todo en el cielo y la tierra. “Mira”, dice, “el tesoro que ya has recibido del Padre de las luces como grandes y maravillosos beneficios”.

12. Pero, no debe quedarse allí. Más bien, todavía tendrán que esperar los beneficios y dones reales y perfectos. En la tierra, ahora sucede que las cosas nunca son perfectas con nosotros; no podemos reconocer ni comprender el tesoro que tenemos como quisiéramos. Todavía solo somos las “primicias de sus criaturas”. Aunque ciertamente ha comenzado en nosotros, no quiere que nos quedemos solos. Si seguimos en la fe y la ira y la impaciencia no nos apartan, él nos llevará a los beneficios verdaderos, eternos, que se llaman “dones perfectos”, en donde nunca nos desviaremos ni tropezaremos, tampoco nos enojaremos ni pecaremos.

LA VIDA FUTURA DE BIENAVENTURANZA

13. Eso, entonces, se llamará (dice más adelante) una forma de vivir en la que “no hay mudanza ni sombra de variación”. Esto quiere decir que no habrá ningún cambio ni fluctuación en la vida cristiana, que hoy es alegre y mañana triste, que ahora está firme pero pronto cae, etc. Asimismo, la existencia natural y mundana siempre cambia y alterna, primero luz y luego oscuridad, primero día y luego noche, primero frío, luego calor, primero montaña, luego valle. De manera similar hoy estamos bien, mañana enfermos, etc. Todo esto dejará de existir, y en su lugar habrá una forma de vida donde no habrá ningún cambio, sino el bien será constante y eterno, de modo que veremos a Dios en su majestad incesante, y no habrá oscuridad, ni muerte, ni aflicción, ni debilidad, sino solo luz, gozo, felicidad, etc. Entonces cuando el mundo los ataca y los incita a la ira o a los malos deseos, deben mirar los altos beneficios celestiales y pensar en ellos, que se les han prometido con tanta seguridad. Su Cabeza, Cristo, ya ha tomado su lugar entre ellos, de modo que también puede finalmente recibirlos. Estas cosas deben ser mucho más preciosas y queridas para ustedes que las cosas mundanas, que todos tenemos que dejar atrás de todos modos.

14. La intención y la práctica del cristiano ahora debe ser aprender a considerar nuestros beneficios y tesoros como maravillosos, y agradecer a Dios los comienzos de su gracia y don, tales como el verdadero conocimiento, entendimiento, la justicia y la vida. Siempre debemos buscar y luchar para que la vida perfecta venga, y seamos librados de la forma imperfecta y débil de vida que ahora llevamos alrededor de nuestro cuello y que nos arrastra de modo que fácilmente se nos persuade a que nos alejemos del evangelio.

Lo que debe ayudarnos a hacer eso y darnos una razón para ello es la amada santa cruz y la persecución, y la atracción y el ejemplo del mundo, cuando vemos que con gran descuido la pobre gente permite que los alejen de la palabra y la fe, en la cual podrían tener gracia y beneficios indecibles, y van por las migajas miserables que pueden obtener aquí pidiendo limosnas.

15. Por eso ahora dice: “¿Por qué se preocupan de las posesiones terrenales que, aunque Dios las da, son transitorias y no pueden permanecer mucho tiempo? ¿Por qué no mucho más regocijarse y consolarse en las posesiones de arriba, celestiales que ya tienen en abundancia y que no pueden y que no les pueden quitar?” Y como explicación dice además: “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad”.

LOS HIJOS DE DIOS ENGENDRADOS POR LA PALABRA

16. Lo primero, y, de hecho, lo mejor que ha hecho por nosotros y nos ha enviado desde lo alto es que nos engendró y nos hizo sus hijos, o herederos, de modo que ahora somos llamados hijos nacidos de Dios. ¿Cómo, o por qué medio sucedió? “Por la palabra de verdad”, o la palabra veraz, Con esto mira y golpea ampliamente contra todas las facciones y sectas, que también tienen una palabra y se jactan mucho de su doctrina. Sin embargo, la suya no es “la palabra de verdad” que nos hace hijos de Dios. No enseñan nada, y no saben nada de cómo debemos nacer como hijos de Dios por la fe. Sino solo parlotean de nuestras propias obras que hacemos como personas nacidas de Adán.

Nosotros, por otro lado, tenemos y conocemos una palabra por la cual Dios nos hace sus amados hijos y nos justifica (cuando creemos esa palabra), pero no por obras o leyes. El cristiano debe ser una persona que posee esto de nacimiento. No se puede esculpir o parchar con obras, como los seguidores de Moisés y todos los maestros de las obras, que quieren hacerlo con mandamientos y obligar a hacer una obra aquí, otra obra allá, pero realmente no logran nada sino que esto pertenece a personas nuevas, que se llaman “hijos nacidos de Dios”, como también se dijo en Juan 1:13.

17. Estos son (dice San Juan en el mismo lugar) los que “creen en su nombre” es decir, los que se aferran con el corazón a la palabra (que aquí alaba como un regalo grande y maravilloso) de que Dios perdona sus pecados por medio de Cristo y tiene misericordia de ellos, etc.; y que persisten en esto en toda clase de tentaciones, sufrimientos y peligros. Tienen esta joya en la palabra ya aquí en la tierra, porque él los ha favorecido tan grandemente que ahora son sus hijos de nacimiento. “¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas?”.

18. Ahora, ¿en dónde obtienen ustedes eso? No de su propia voluntad ni habilidad ni esfuerzos. Si fuera así, yo y otros que antes hacían tantas obras en el monaquismo lo hubiéramos obtenido aun sin la palabra. En lugar de eso, la tenemos “de su voluntad”, dice Santiago. Nunca entró en el pensamiento de ningún hombre que fuéramos hechos hijos de Dios de esta manera. La idea no se cultivó en nuestro jardín, ni brotó de nuestro

pozo. Sino que descendió de lo alto, “del Padre de las luces”. Nos lo revela a nosotros en su palabra y por el Espíritu Santo y lo ha puesto en nuestro corazón por medio de sus apóstoles y sus sucesores, por quienes la palabra ha sido transmitida a nosotros. Así que no lo conseguimos por nuestros esfuerzos ni méritos, sino se nos ha regalado por su voluntad paternal y beneplácito por pura gracia y misericordia.

LOS CRISTIANOS LAS PRIMICIAS

19. Así hemos llegado a ser (Santiago dice) “primicias de sus criaturas”; es decir, la creación y obra de Dios nuevamente comenzada. Así separa sus criaturas de las criaturas del mundo o humanas, como también lo hace San Pedro cuando dice (1 Pedro 2:13): “Por causa del Señor someteos a toda institución [o creación] humana”; es decir, a todo lo que los hombres mandan, ordenan, crean y hacen. Asimismo, un príncipe nombra a cobradores de impuestos, magistrados, secretarios, o todo lo que desea, que la gente puede crear y hacer.

Sin embargo, Dios tiene otra nueva “criatura y creación”. Se llama así porque él la ha creado y es su propia obra, independientemente del esfuerzo o el poder humano. Y así el cristiano es llamado una “nueva creación de Dios”, que solo Dios hace, por encima de y más allá de toda otra creación y obra. Pero la hace en tal forma que ahora solo es el comienzo y principio; todavía actúa diariamente sobre ella hasta que se perfeccione y sea una criatura totalmente divina, como el mismo sol en claridad y pureza, sin pecado ni debilidad, que brilla completamente con amor divino.

20. Deben mirar y considerar bien todo el gran beneficio, honor y gloria que Dios les ha dado en hacerlos herederos de la vida venidera, en donde no habrá ninguna imperfección ni variación, sino una vida genuinamente perfecta y divina, semejante a él mismo. Entonces, no deben permitir que este saco pobre y miserable de limosnero por el cual lucha el mundo los lleve a airarse, sino que deben regocijarse en los beneficios divinos y dar gracias a Dios que los ha considerado dignos de ellos. Deben despreciar todo lo que puede suceder con ustedes aquí, sea dulce o amargo, porque ¿qué es todo sufrimiento en la tierra (dice San Pablo, Romanos 8:18) sino un momento, comparado con la futura gloria eterna que será revelada en los hijos de Dios?

PROHIBICIÓN DEL ENOJO IMPACIENTE

21. Por lo tanto Santiago ahora concluye: “todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse”. En otras palabras, escuchen y consuélense, estén prestos para hacer esto; pero no se apresuren a criticar, murmurar, maldecir o quejarse contra Dios o los hombres. Aquí no prohíbe completamente que hablemos, nos quejemos, nos enojemos y reprendamos en donde Dios lo manda o lo requiere la necesidad. Pero no debemos apresurarnos y estar prestos para hacerlo para nuestra propia persona, aunque nos provoquen a hacerlo. Primero debemos oír y escuchar la palabra, la palabra correcta o fiel, que siempre debe gobernar y guiarnos. Todo lo que decimos y de lo que nos quejamos o reprendemos debe venir de ella.

Añade la razón por esto: “Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios”. Aun los paganos han dicho: “El enojo es una locura breve”, etc., y la experiencia lo verifica. Por tanto, cuando sientan ira surgiéndose en ustedes, no pequen, como dice el Salmo 4; Efesios 4:26, sino vayan a su cuarto, guarden silencio un rato, y no dejen que la ira los presione a obedecerla. No se apresuren a enojarse, aunque la gente les haga daño o los avergüencen o hablen mal de ustedes, de modo que ustedes caigan rápidamente en la provocación y en la irritación. En vez de eso, cuídense para que venzan la tentación y no la consienten.

22. Ese es el primer punto, que los cristianos deben evitar caer en la ira y la impaciencia. Deben tener presente los grandes beneficios y dones que tienen, que no se deben comparar con todas las posesiones y la vida del mundo.

23. Asimismo, Santiago ahora también habla del segundo punto y dice: “Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia”, etc. Con “inmundicia” quiere decir la vida impura del mundo en toda clase de lascivia, disipación y truhanería. Esta forma de vida debe estar lejos de ustedes los cristianos, porque tienen beneficios tan maravillosos. Si pudieran tener en cuenta debidamente estos beneficios y reconocerlos, considerarían todos estos caminos y deseos mundanos como inmundicia. Esto es lo que son. Con razón se les llama “inmundicia” en comparación con sus buenos y perfectos dones y beneficios celestiales.

24. “Recibid con mansedumbre la palabra implantada”. Ahora tienen la palabra, que ustedes mismos no inventaron ni adquirieron, pero que Dios les otorgó por gracia y la plantó en ustedes, para que obrara abundantemente, se predicara, leyera y contara entre ustedes (como por gracia de Dios también está entre nosotros). Dios sea alabado que ahora no hay ninguna falta de esta. Ahora lo importante es solo que la reciban, la aprovechen y la usen con mansedumbre, de modo que se aferren a ella y no dejen que la ira y la persecución o la atracción de los deseos mundanos les quiten a ustedes esa palabra. Asimismo, Cristo dice (Lucas 21:19): “Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas”.

SE AMONESTA A LA MANSEDUMBRE Y LA PACIENCIA.

La mansedumbre y la paciencia son necesarias para todo aquel que quiera conquistar al diablo y al mundo. De otro modo, si queremos pelear con ellos y vencerlos, no podemos retener la palabra. Debemos luchar y contender contra el pecado, pero si queremos reñir con ellos y mostrar nuestra furia vengándonos de ellos, no lograremos nada y perderemos nuestro tesoro, la preciosa palabra. Por tanto, reciban esa palabra porque ha sido clavada y plantada en ustedes, para que puedan retenerla y producir su fruto.

EL PODER DE LA PALABRA

25. Es la clase de palabra (concluye él), “la cual puede salvar vuestras almas”. ¿Qué más podrían desear? Tienen la palabra y la promesa de todos los beneficios y dones divinos. Además, es capaz de salvarlos, siempre que sigan aferrándose a ella. ¿Por qué,

entonces, se preocupan del mundo y todo lo que puede hacer, sea bueno o malo?
¿Cómo puede dañarlos o ayudarlos, mientras conservan este tesoro? Noten aquí que da a la palabra hablada o el evangelio predicado, el poder de salvar las almas. Asimismo, San Pablo la alaba a los romanos (cap 1:16) en palabras similares, que el evangelio que él predica “es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree”

26. Esta ahora se ha plantado entre ustedes y en ustedes, de modo que tienen un seguro consuelo y una segura esperanza de la salvación. Pero consideren si quieren permitir que la ira o la inmundicia de este mundo los empuje o los aparte de esa palabra, o si con paciencia y pureza están recibiendo o reteniendo la palabra que Dios tan misericordiosa y abundantemente les ha dado sin su obra ni mérito. ¿Qué harían otros si tuvieran o pudieran conocer este tesoro? ¡Cuánto han hecho y todavía hacen los que no tienen la palabra, trabajando tanto porque quieren llegar al cielo y ser salvos! Sin embargo, no pueden alcanzarlo, aunque mueran torturándose y establezcan y practiquen toda clase de culto. ¿No querrán ustedes quedarse con la palabra y conservar el tesoro por el cual son hijos de Dios y sus almas son salvas, más bien que permitir que el mundo los separe de ella por medio de la persecución o los deseos y la inmundicia con que ellos se han engañado hasta terminar en la ruina y en la condenación?